



Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno

El hombre misterioso
de la calle Santa Rosa

Por _____
Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

Cuando yo cursaba Matemáticas en la Universidad, mis profesores y condiscípulos estaban de acuerdo en que yo sería un mal ingeniero; les era imposible concebir que un individuo cuyos ocios solían ocuparse en componer versos y en traducir los dramas de Shakespeare, pudiera ser capaz algún día, de trazar una línea de ferrocarril con mediano criterio....

Y esta opinión que de mí se tenía, con ser tan mala, habría sido peor, si hubieran aquellas gentes conocido siquiera la mitad de mis locuras. Por ejemplo, no me era posible pasar por una calle sin imaginarme una novela tras de cada puerta y cada ventana, y me entretenía, lo que no es dable, urdiendo tramas estrambóticas al rededor de los hechos más vulgares.

Durante un largo secuestro, sirvió de tema a mis desvaríos un señor en verdad bastante original, a quien tuve de vecino en aquel tiempo. Nunca supe su nombre ni me di el trabajo de preguntarlo. Vivía a una cuadra de mi casa, en la calle de Santa Rosa, más allá de la Avenida Matta. Aquel barrio era entonces muy poco poblado.

La casa del hombre misterioso (así lo llamaba yo), era de antiguo estilo santiaguino, de adobe y tejas, blanqueada con cal y su fachada se componía de una puerta y cuatro ventanas guarnecidas con barrotes de hierro. No habría tenido ella nada de particular, pero lo que me llama-

maba la atención era que sus ventanas, cubiertas de polvo, permanecían siempre herméticamente cerradas, y que su vieja puerta, no se abría jamás, a no ser cuando daba paso al único inquilino que parecía habitar aquel sórdido caserón.

El "hombre misterioso" podía tener cincuenta o sesenta años; era de mediana estatura, seco, algo encorvado, de ojos azules y facciones macilentas. Llevaba una venerable barba casi enteramente cana, y nunca le vi cambiar de indumentaria. Un sombrero hongo bastante viejo, una levita raída y verdosa y un corbatín negro de anticuada forma, componían todo su atavío.

Sin cruzar jamás palabra con persona viviente, salía todas las tardes, a la hora de los murciélagos y de los bubos, y, con las manos cruzadas a la espalda, soportando con igual impasibilidad los ardores del sol de Enero y los fríos vientos de Agosto, dirigíase con andar desgarrado y desigual a dar un paseo, siempre el mismo, por las afueras de nuestro arrabal.

Seguramente vivía solo, sin criados ni criadas. Recuerdo lo que primeramente me preocupó en él, por esa circunstancia. ¿Cómo y dónde comía? La casualidad me dió después la llave del misterio... Todas las mañanas, antes de salir el sol, aquel extraño personaje, llevando una canasta debajo del brazo, se encaminaba al "mercadito" de San Diego, y volvía provisto

de lo necesario para el consumo cotidiano, incluso el carbón y la leña...

¿Era un avaro? Por tal lo tuve yo por lo menos. Me imaginaba su casa desierta, sombría, cubierta de polvo y telarañas, sin más muebles acaso que un catre de hierro, una mesa de pino, alguna silla desvencijada y unos pocos y pobres útiles de cocina.

Allí sin libros, sin periódicos, sin amigos, sin lazo alguno con el mundo, "el hombre misterioso" pasaría sus días, eternamente monótonos, velando acaso sobre enormes riquezas...

No necesitaba yo de más elementos para una novela... No tardé en forjar muchas, sobre las supuestas riquezas de mi vecino, sobre probables robos de que podía ser víctima, sobre su rango y su nacionalidad, sobre sus desgracias y sus venturas...

II

Al recibir mi título de ingeniero, abandoné la calle de Santa Rosa y me fui al Sur, como ayudante de una de las comisiones de límites. El recuerdo de mi vecino se fué disipando, y se había ya casi borrado enteramente de mi memoria, cuando sucedieron, hace pocos meses los hechos que voy a narrar.

Ya no era yo el pobre estudiante de aquellos tiempos. Triunfador en la lucha por la vida, cuatro o cinco veces millonario, libre como un pájaro, el mundo me brindaba placeres, bastante positivos, que alejaron de mi loca imaginación, los desvaríos que antes tanto la halagaban.

Una tarde del mes de Febrero, al llegar a casa para comer, mi criado me entregó una tarjeta.

—Este caballero, me dijo, ha venido a preguntar por Ud. dos o tres veces en el día; le ha buscado en el Club, en el Parque, en todas partes. Dice que lo necesita con urgencia, y que le agradecería mucho lo esperara antes de salir esta noche...

—Algún sablista, pensé...

Es lo primero que se les ocurre a los ricos cuando los buscan.

Arrojé una mirada distraída sobre la tarjeta...

No... No era la de un sablista... Era

de Alfredo Murray, mi antiguo condiscípulo de la Universidad.

¿Para qué podría necesitarme?

No me ligaba con Alfredo una amistad muy íntima. Era una de esas muchas personas con quienes nos rozamos diariamente, en el colegio primero y en el Club más tarde, buenos y simpáticos compañeros más bien que amigos.

Muy poco sabía a punto fijo acerca de él. Sus relaciones eran buenas, su trato agradable, sus modales distinguidos y su reputación excelente... Vino a estudiar Matemáticas a Santiago, de alguna provincia del Sur, se recibió de Ingeniero y ahora ocupaba una envidiable situación en una oficina pública. En el Club nos veíamos todos los días, hablábamos de asuntos indiferentes, y esto era todo cuanto yo podía hasta entonces decir de él... Si mi propia situación no hubiera sido tan expectable, probablemente Murray tampoco no habría estado mejor impuesto respecto de mí... De este género son, por otra parte, la mayor parte de nuestras relaciones en este mundo. Con todo, y a fuer de condiscípulos, nos tratábamos.

Apenas concluía de comer cuando llegó Murray. Lo hice pasar a mi saloncito turco... Me extrañó verlo a él, siempre tan risueño, e igual en su humor, densamente pálido, con los ojos hundidos y tembloroso...

—¿En qué puedo servirte? le pregunté... ¿Qué te pasa?...

Mi interlocutor no sabía seguramente, por dónde empezar. Sus hermosos ojos de un azul intenso, brillaban húmedos y extraviados, sobre la palidez mate de su semblante...

—No... dijo al fin... no vayas a creer que se trata de una tontería... pero lo que voy a preguntarte, va a parecerte muy extraño. ¿Te acuerdas de un día en que, siendo muchachos, nos llevaste a mí y a Martín Azagra, a comer un valdiviano a la calle de Santa Rosa?

—Contesté afirmativamente con la cabeza.

—¿Te acuerdas, continuó Murray, del hombre misterioso?...

Me estremecí, sin saber por qué; en las palabras de mi condiscípulo, creí adivinar algo de fatídico.

—Estábamos de muy buen humor, pro-



siguió Murray tristemente... Tú nos referiste lo que sabías acerca de ese... de ese personaje... su vida aislada, sus extrañas costumbres... ¿Podrías repetir-me todo lo que llegaste a averiguar acerca de él?...

—Lo que les dije en aquella ocasión y nada más... Nunca pregunté ni siquiera su nombre...

Un inmenso desaliento se pintó en las facciones de mi amigo.

—No te molestaré más entonces, dijo haciendo ademán de levantarse.

Conocí que se iba a pesar suyo.

—Si te encuentras, le dije, en una situación difícil, acuérdate que soy tu amigo y discípulo.

Murray vaciló un momento.

—Temía incomodarte, balbuceó... pero eres bueno y noble... Al fin de cuentas, ¿quién mejor que tú puedes ser depositario de mi horrible secreto, Miguel?... Vas a saber cosas que hasta ahora todo el mundo ignoraba... pero no digas que me tomo, al referírtelas, una confianza que no me corresponde... Tú me autorizas para ello... ¿No es verdad?...

—Por supuesto, contesté, estrechándole la mano.

Hubo un instante de silencio... Alfredo sollozaba...

—Comenzaré, dijo al fin, por lo más doloroso... Yo soy un hijo de nadie... no sé por qué llevo mi nombre... no he conocido padres, ni hermanos, ni parientes. Mis recuerdos más lejanos se remontan a la época en que era pensionista de la señora Böhmer... tú no la conociste. La pobre señora duerme en la tumba há largos años. Regentaba un kindergarten en Valdivia, era alemana y soltera, y hacía de su profesión un apostolado... Para mí fué una verdadera madre... Por caridad, o yo no sé por qué, me hablaba siempre de mis padres; estaban ausentes, vivían muy lejos, pero yo los veía alguna vez, cuando estuviera grande. Seguí viviendo, al lado de mi protectora, mientras cursé los cuatro primeros años de humanidades en el Liceo de Valdivia. Después me envió a Concepción, para que concluyera mis estudios secundarios... Los Domingos salía a casa de una amiga de la señora Böhmer. Allí comencé a sentirme hombre, a comprender que me faltaba una

virgen, una familia... Resolví interrogar seriamente sobre ello a la que podía llamar mi madre adoptiva, y lo hice y en las primeras vacaciones.

La señora Böhmer no se manifestó sorprendida por mi pregunta. "Sólo esperaba, me dijo, que tuvieras bastantes años para darte cuenta de las cosas, para imponerte de cuánto sé al respecto. Desgraciadamente, no es mucho. El 10 de Septiembre de 1884, se presentó a este colegio un hombre joven aún y vestido como un caballero, que te llevaba de la mano. Me preguntó si te admitiría como pupilo interno en mi kindergarten, declarándome que estaba dispuesto a pagar bien. Agregó que era viudo y que debiendo trabajar en una Oficina Salitrera del Norte, se veía en la necesidad de separarse de su único hijo. Me entregó adelantada la pensión de un semestre, se marchó y... no le volví a ver más... El apellido que llevas, y con el cual te presentó ese sujeto, parece inglés, pero no podría asegurar que él perteneciera a esa nacionalidad... Al contrario, hablaba el alemán con mucha corrección y sin acento extranjero, a lo menos por lo que puedo recordar."

Me arrojé llorando a los pies de la noble señora, y desde entonces fui su hijo y nada más que su hijo... Esto es cuanto sé acerca de mi origen... La señora Böhmer murió en 1898, dejándome heredero de una pequeña fortuna que me permitió concluir la carrera de ingeniero y hacer mi camino en el mundo...

¿Cuál no sería, pues, mi sorpresa al recibir ayer en la mañana la visita del notario don Eduardo Reyes Lavalle, que me trajo la noticia más inverosímil que es dable imaginar? Acababa de abrirse el testamento de don Otto Hahne, vecino de Santiago, fallecido hace pocos días... El difunto me instituyó su heredero, dejándome una fortuna estimada en cerca de trescientos mil pesos...

Don Otto Hahne... es tu hombre misterioso... y por cierto que merece bien este nombre... Ni de su testamento, ni de sus negocios, ni de cuantas averiguaciones se han practicado, resulta la más leve luz acerca de quién sea y de dónde venga...



Se presentó a este colegio un hombre joven aún y vestido como un caballero, que te llevaba de la mano.

—Pero, a lo menos, interrumpí yo, lo conocerían el notario y los testigos...

—Hasta cierto punto. Fui presentado a don Eduardo Reyes por don Pedro Torres, gerente del Banco de Chile... Este último no sabe de él otra cosa, sino que desde que alcanzan sus recuerdos, Hahne tenía en custodia en el Banco letras hipotecarias y una cuenta corriente, siempre "al haber". Todos los semestres retiraba una pequeña parte de su renta, probablemente para sus gastos personales, que deberían ser muy escasos, y ordenaba invertir el resto en la compra de más bonos... Por otra parte, los bancos no se preocupan en Chile de averiguar quién les lleva dinero.

—¿Y los testigos?...

—Ellos le conocieron por presentación del notario... Nada es más frecuente... y ello no tiene nada de incorrecto.

—Pero la ley, repuse yo, dispone que

en un testamento, se especifiquen ciertos datos respecto del que lo otorga...

—El señor Hahne cumplió escrupulosamente con esa disposición, pero los tales datos son la nada entre dos platos. De ellos se deduce que don Otto Hahne, nacido en Prusia, de nacionalidad alemana, avicinado en Santiago de Chile, de sesenta y cinco años, soltero, sin hijos, hace testamento en mi favor...

También deduzco yo otra cosa, y es que alguna relación oculta me liga con ese hombre misterioso a quien no he visto en la vida y que me nombra su heredero... La duda me taladraba el alma y vine en tu busca...

—¿Has visitado la casa de Hahne?...

—Naturalmente, sólo al hacerlo, reconocí en él a tu hombre de la calle de Santa Rosa.

—¿Y no encontraste allí ningún vestigio?

—Ninguno... ¿quieres juzgar por tí mismo?...

—Te he dicho que estoy a tus órdenes... pero mis servicios no creo que te sean de mucha utilidad... Sin embargo, voy a prestarte uno... interesaré en la pesquisa a Román Calvo...

—¿Román Calvo?... ¿quién es?

—¿No te acuerdas del trágico suceso de la Punta del Diablo?... Román fué el que supo descubrir la culpabilidad de Antonio Mascayano, sin más antecedentes que un trozo de piedra cuarzosa encontrado en el lecho del Mapocho. Es un hombre extraordinario... Vamos a verlo al momento... A estas horas... las nueve y media, si no está clasificando un coleóptero raro, o estudiando una vieja información genealógica, lo encontraremos charlando con Cárdenas... Vamos a buscarlo.

III

Conocía yo bien a mi amigo Román. Vestido con el desaliño de costumbre, su pequeña personita, peroraba animadamente entre un grupo de prójimos insignificantes, frente a sendos vasos de whisky con agua, en el restaurant de Cárdenas.

Le llamamos aparte y Alfredo Murray repitió su relato. Román le escuchó atentamente...

—Conocía lo del hombre misterioso, dijo; Miguel de Fuenzalida me ha referido esa historia media docena de veces... No le dí recibo, porque nadie tiene obligación de tener una memoria tan portentosa como la mía.

La debilidad de Román, seguía siendo la de envanecerse con su memoria casi interesférica.

Murray debió contestar algunas preguntas de Román...

—¿No conserva Ud. ninguna prenda de las que llevaba puestas cuando lo entregaron a la señora Böhrer? ¿No tiene Ud. en el cuerpo ningún lunar u otra señal característica? ¿Qué idioma hablaba Ud. a los tres años?

Murray contestó que no conservaba ninguna prenda de su niñez, que no tenía en el cuerpo señal alguna, que desde que al-

canzaban sus recuerdos, creía haber hablado principalmente el alemán; idioma usual en la casa de la señora Böhrer, pero que también conocía palabras inglesas y españolas, desde mucho antes que se diera cuenta de que uno pudo haberlas aprendido, lo que no era raro, porque en el kindergarten, les enseñaban inglés a los niños, y en una ciudad como Valdivia, era difícil no aprender también el castellano...

—Esperaba estas respuestas, dijo Román... Todo eso de los lunares y de las ropitas de niño que permiten establecer la identidad, son consideraciones buenas sólo para las novelas... Y ¿dice Ud. que no ha encontrado tampoco ninguna luz en el examen de la casa del señor Hahne?...

—Ninguno, contestó Murray...

Román se frotó las manos con aire de infinita satisfacción...

—Magnífico... Su caso me gusta, dijo alegremente; no me embarcaría en él si fuera fácil... Para lo fácil, está la policía. ¿Cuándo quiere que vayamos a visitar la casa de Hahne?

—Mañana mismo.

—¿Tiene Ud. las llaves de todo?

—Sí.

—¿Hay caja de fierro?

—Naturalmente, pero no contiene nada sino certificados de custodia, de letras hipotecarias, una libreta de cuenta corriente y un libro de cheques...

—¿Y nada le ha llamado a Ud. la atención en las anotaciones de la libreta y del talonario de los cheques?

—Nada, a no ser un detalle más curioso que hábil. El señor Hahne cobraba semestralmente los intereses de sus bonos, y los depositaba íntegros en su cuenta, en seguida giraba un cheque invariablemente por dos mil pesos, y a su propio nombre; para sus necesidades del semestre... La cuenta no tenía jamás otro movimiento...

—¿No atendió ningún médico o cuidadora al señor Hahne durante su última enfermedad?

—El señor Hahne, murió de repente, con toda probabilidad, en la noche del Jueves. Aquella tarde dió su paseo habitual por la calle de Santa Rosa. Varios vecinos lo vieron... Al día siguiente, a las diez de la mañana, llegó a golpear a la casa el cobrador del agua potable... Como no le



Por toda respuesta, Román abrió una de las primeras páginas del libro.

abrieran, dió la voz de alarma... Vino la policía y encontró muerto al señor Hahne en su lecho... Los médicos diagnosticaron la ruptura de una aneurisma...

—Esto marcha, repuso Román, cada vez más satisfecho, al fin y al cabo, las cosas son mejores testigos que las personas... Hasta mañana...

.....
Penetré por fin en aquella casa de la calle de Santa Rosa, que tanto me preocupara en mi niñez. El edificio constaba de tres cañones de piezas; el frontero a la calle y otros dos laterales. El fondo lo constituía un huerto, o mejor dicho un sitio erialzo cubierto de malezas y de algunos árboles frutales de que nadie parecía haber cuidado.

—Las piezas que dan a la calle están completamente vacías, lo mismo que las del cañón de la derecha, dijo Murray... Nada hay en ellas sino el techo, las paredes, el piso y sobre todo el polvo; el señor

Hahne ocupaba sólo las tres piezas del cañón de la izquierda.

—Veamos, con todo, dijo Román...

La información de Murray era exacta. A riesgo de plagarnos de pulgas, recorrimos las habitaciones de la calle y las de la derecha...

—En efecto, observó Román, no hay sino polvo y humedad... Nadie debe haber penetrado aquí por años y años...

De las habitaciones ocupadas por Hahne, la primera que visitamos fué el dormitorio. Un catre de hierro, un armario con ropa, un lavatorio, un velador y un baúl constituían todo el mobiliario.

—Es pobre, pero está limpio, observó Román.

El examen del ropero, nos ocupó un buen cuarto de hora...

—Estas prendas son todas compradas en Santiago... No pueden dar ninguna luz, dijo Román... Veamos el baúl... Ha

viajado sin duda... Aquí hay vestigios de etiquetas...

—Pero, interrumpió Murray, las han arrancado todas...

—Detalle importantísimo... El nos muestra que Hahne deseaba borrar las huellas de su camino por el mundo... Sin embargo, puedo asegurar que este baúl ha estado en Inglaterra... Sólo en los ferrocarriles ingleses, se usan etiquetas pequeñas, como la que ha estado pegada aquí, agregó señalándonos un rincón del mueble... Vaya, vaya, señor Murray, y Ud. decía que no encontraríamos nada en esta casa.

La otra pieza era una especie de escritorio. Su principal adorno era un gran estante de raulí pintado, lleno de libros. La caja de fierro, una pequeña mesa, un sofá y dos sillas, completaban el mobiliario.

No hay nada que valga la pena en los cajones de la mesa, se apresuró a declarar Murray, nada sino papel en blanco y artículos de escritorio...

—Pero entonces, ese hombre escribía, observé yo...

—Seguramente muy poco, repuso Murray, no he encontrado una sola muestra de letra, y el papel secante está casi virgen...

—¿Casi? preguntó Román... Veamos qué nos dice ese casi...

Salió de la pieza y regresó con un pequeño espejo que trajo del dormitorio.

—Nada es más fácil que leer en un papel secante, con un espejo, dijo, mientras procuraba descifrar los débiles vestigios dejados allí por una escritura húmeda... ¡Vamos!... Lo que presumía... Son contestaciones a circulares del Banco... Nada de interés, salvo el carácter de la letra... Nos queda ahora lo más importante: los libros...

—Quiero excusarle un desengaño, dijo Murray, he examinado ayer esa biblioteca por más de dos horas, con el interés que Ud. puede imaginar... La mayor parte, la casi totalidad de los libros, son comprados en Santiago, y conservan las viñetas de las librerías...

—¿De qué tratan esos volúmenes, y en qué idioma están escritos? preguntó Román...

—Aquí tengo el dato, repuso Murray,

sacando un papel del bolsillo. Esta biblioteca consta de 295 volúmenes, de los cuales, 107 son en alemán, 91 en español, 55 en inglés, y 42 en francés. En cuanto a la materia de que tratan, 182 son de amena literatura, 48 de geografía y viajes, 36 de historia y 29 de miscelánea, enciclopedia, etc...

—Es indispensable, dijo Román, examinar con el mayor cuidado esta biblioteca. Raro será que ella no nos dé luz...

—Por de pronto, interrumpió Murray, ella parece confirmar la nacionalidad alemana de su propietario.

—Lo veremos, contestó el otro secamente.

Fué un examen muy largo y que debimos interrumpir a la hora del almuerzo. Román, sin fiar nada a su prodigiosa memoria, iba anotando en un papel sus observaciones.

Serían las dos de la tarde, cuando se detuvo.

—Salvo esos diez volúmenes de la izquierda de la primera fila, dijo, he estudiado, uno por uno, todos los libros del estante. La conclusión a que he llegado es muy interesante: Hahne, no era alemán, sino inglés o norteamericano. Un alemán no lee a Schiller en inglés, ni considera a "María Stuardo" como el drama favorito de aquel poeta, ni, teniendo 107 libros en idioma alemán, los deja empolvados en su biblioteca, sin abrirlos casi nunca. Veán ustedes este volumen...

Era una colección de los dramas de Schiller, editada por "The Walter Scott Publishing Co. Ltd." de Londres. El libro aparecía muy manoseado, y con los cortes bastante sucios, sobre todo en las páginas correspondientes a la tragedia "María Stuardo".

—La edición no trae fecha, dijo Román, pero es reciente como lo prueba el fotograbado de la portada. Fué vendido por J. W. Hardy, bookseller, Valparaíso.

—Interesante, observó Murray, con marcada frialdad.

—Espere Ud. un poco, continuó Román... Es en esos diez volúmenes que he reservado, donde espero encontrar la clave de todo...

—¿En esos guías, Baedeker?

—Precisamente.

—Puedo adelantarle, replicó Murray, que

ya había examinado yo prolijamente esos libros... Todos han sido comprados en Chile y están casi enteramente nuevos...

—Cuatro ojos ven más que dos, dijo Román, con imperceptible ironía.

Después de un buen cuarto de hora de prolija investigación, Román nos dirigió nuevamente la palabra...

—Ud., probablemente, señor Murray, no vió estos dos libros... dijo, mostrándose los...

—Ya lo creo, repuso el aludido, son dos guías de Baedeker, en francés, uno del Sud Oeste y el otro del Sud Este de la Francia, vendidos en la Librería Paton, de Valparaíso...

—De fecha 1881, añadió Román, esto es, de nueve años antes que existiera la Librería Paton, la cual hasta después de 1890, llevó el nombre de "Purves".

—Y eso, ¿qué prueba? interrogó Murray.

—Nada, sino que estos libros no fueron vendidos por Paton, porque ningún librero compra guías de viajes, añejos, de nueve años, y si Paton los hubiera adquirido en Purves, conservaría la viñeta del último... Este caso es pariente del otro de las etiquetas del baúl... Hahne ha querido a toda costa borrar las huellas de su paso... La falta de indicios en esta casa, es el mejor indicio de ello... Pero lo verdaderamente fundamental que he encontrado en estos libros, son las anotaciones con lápiz que ésta conserva sobre la cubierta amarilla del final...

—Las vi, interrumpió Murray, pero nada pueden significar... Son números...

—Números sobrado elocuentes... son la pista de Hahne...

Nuestro asombro fué inmenso, porque las cifras en cuestión no nos decían absolutamente nada... Ellas eran del siguiente tenor:

	35		194
	22		86
	13		13
			28
			50
			28
			219
			257
	280		875
	252		7.56
	28		5250
			4875
			6125
			66.15.00
			66.15
			132.30

—Pero esto no tiene sentido común, observé... Esos números no dicen nada...

Por toda respuesta, Román *abrió una de las primeras páginas del libro que tenía en la mano, y me leyó lo siguiente, traduciendo del francés:

"Los precios de los ferrocarriles franceses están calculados a razón de 11c. 20 por kilómetro para la 1.^a clase, 7c.56 para la 2.^a..."

—Esto es suficiente, añadió... La cifra 7.56 aparece como uno de los factores de la multiplicación que acabamos de ver... El otro factor, tiene que ser un número de kilómetros, y el objeto de la operación fué calcular el precio de dos boletos de 2.^a para un recorrido de 875 kilómetros... ¿Lo ven Uds. claro?... Ahora bien, ¿cuál fué ese trayecto?... Vamos a saberlo. El se componía, para empezar, de ocho diferentes líneas, cuyos recorridos, empalmándose las unas con las otras, formaban el total... El caso no es raro en la complicada red de los ferrocarriles franceses...

La hipótesis más verosímil es que Hahne hiciera aquel largo trayecto con el objeto de embarcarse en un puerto de mar, con destino a Chile, por ejemplo... Ese puerto pudo ser el de Burdeos, el de Marsella, o cualquiera otro del Sur de Francia. Fijémonos para comenzar en Burdeos, que era entonces el puerto de escala de los vapores de la Pacific Steam Navigation Co. Es indudable que la última cifra de la suma, esto es, 257, correspondía en este caso al número de kilómetros de una línea cuyo término es Burdeos... Veamos.

Nosotros seguíamos asombrados, las audaces conclusiones de Román...

—Aquí está este, exclamó con acento de triunfo... Vean Uds... página 194 del Guía del Sud Oeste de Francia... "De Burdeos a Toulouse", 257 kilómetros...

Alentado por este primer éxito, Román continuó hojeando el guía y hablando al mismo tiempo...

—Debemos partir ahora de Toulouse, en dirección más o menos contraria a la de Burdeos... Aquí está... Pág. 248... De Toulouse a Cette, 219 kilómetros... La penúltima cifra de la suma... Vamos bien... Ahora debemos con toda probabilidad pasar al otro volumen... el del Sud Este de Francia... Pág. 259... De Cette

a Montpellier... 28 kilómetros... Y allí en la misma página... De Montpellier a Nîmes, 57 kilómetros... ¡Qué diablos!... Ahora el caso se complica... No veo en el índice otra línea que parta de Nîmes... Consultemos el mapa... Aquí está, por ejemplo, la línea de Nîmes a Tarascón... No aparece en el índice... Debe estar incluida como sección de alguna otra... Busquemos... Pág. 240... de Lyon a Nîmes... 280 kilómetros... Pocas líneas más abajo: "Hasta Tarascón, 252 kilómetros"... 280 menos 252, hacen 28... ¡Nuestra cifra!... Vean cómo el malvado había hecho la resta... Ahí está, escrita de su mano, al lado de la operación principal... Estamos, pues, en Tarascón... Esta ciudad no es cabeza de línea, pero pasa por ella, la de Avignon a Arlés, como se ve en el mapa... Pág. 292... "De Avignon a Arlés", 35 kilómetros... Más abajo: 22 kilómetros Tarascón... 35 menos 22, hacen 13... otra vez la cifra que buscamos... y la correspondiente substracción al margen... Hémos, pues, en Arlés, sin lugar a duda... ¡Aquí está!... "De Arlés a Marsella", 86 kilómetros... No nos falta sino una cifra, y ésta no puede corresponder sino a la única línea, que, exceptuando la de Arlés, parte de ese punto... esto es, la de Tolón y Niza... Pág. 329... "De Marsella a Tolón, Cannes, Nice, Mónaco... etc.", "A Tolón 67 kilómetros, a Cannes 194 kilómetros..." ¡Nuestra cifra!... Hahne partió de Cannes para Burdeos... en el mapa ven Uds. que el camino seguido es el más corto...

—¿Y qué deduce Ud. de todo esto? preguntó Murray, cuya nerviosidad le hacía mostrarse un tanto impertinente.

—Dados los antecedentes que tenemos de Hahne, dijo Román, es poco probable que su viaje haya sido un simple paseo de turista... Terminó éste en un puerto de mar, cuyas relaciones con Chile, eran hace treinta años fáciles y frecuentes... La época del dicho viaje debió ser poco después de 1881, fecha de la publicación del gufa que tengo en la mano y no olvidemos que en 1884, el señor Murray fué entregado en Valdivia a la señora Böhmmer... No es, pues, muy aventurado suponer que Hahne partió de Cannes para Burdeos con el objeto de embarcarse para Chile, con un niño que por un motivo u otro se quería hacer desaparecer... y que es el señor

Murray, aquí presente... Por otra parte, sabemos que Hahne ocultaba su nacionalidad, que muy probablemente era inglesa, y Cannes, es, entre todas las estaciones de invierno de Europa, la preferida por los ingleses... Puedo agregar otro dato... El señor Hahne hizo el viaje entre Cannes y Burdeos en compañía de una persona, que con mucha verosimilitud era mujer...

—¿De dónde deduce eso? preguntó.

—De que Hahne, como buen avaro, sacó sus cuentas en todos sus detalles. Después de sumar los kilómetros que debía recorrer hasta Burdeos, y de calcular el valor de un pasaje de 2.ª, sumó dos veces el número obtenido, o en otros términos lo duplicó... Iba, pues, a comprar dos pasajes... El segundo no podía ser el de un niño de menos de tres años, que viajaría libre de porte, sino el de otro compañero, que es muy posible fuera una mujer encargada de cuidar al niño... Poco es todo esto, añadió, después de una pausa, pero no se puede negar que estamos muchísimo más adelantados que esta mañana.

Dichas estas palabras, Román se separó de nosotros, citándonos para el día siguiente, a la hora de comer.

IV

Con la ansiedad que se supone, esperamos a Román en mi casa aquella noche. Fué puntual a la cita.

—¿Hay novedades? le preguntó Murray.

—Pocas y no todas buenas, repuso Román. He logrado sí completar el itinerario de Hahne y precisar la fecha de su viaje. Mi primer cuidado fué buscar en los periódicos de Valparaíso de los meses anteriores a Septiembre de 1884, las listas de los pasajeros llegados de Europa. Adquirí la certidumbre de que Hahne no figuraba en ellas, ni con su nombre ni con otro alguno...

—¿Cómo?...

—Muy sencillamente, porque son muy contadas las personas que viajan con niños, y pude individualizar a las pocas que figuraban en esas listas en tal circunstancia... De algo han de servirme mi memoria y el conocimiento que tengo de las gentes de este país. Al fin un detalle, que al principio había desdiseñado, me condujo al descubrimiento... El señor Mu-



Una noche mientras a la luz de la luna nos paseábamos por sobre cubierta.

rray nos tenía dicho, que el sujeto que lo entregó a la señora Böhmer, habló de su futura residencia en una Oficina Salitrera... Pues bien, en 1884, ni en Europa ni siquiera en Chile se conocía el salitre, sino por muy contadas personas... Era, pues, probable que si Hahne, al forjar su mentira recordó el salitre, era porque en una u otra ocasión había estado en contacto a lo menos con la región en que se produce... El fundamento de esta suposición era muy débil, lo confieso, pero lo fortalecían otras circunstancias... Burdeos era en 1884, el centro de operaciones de la gran empresa de buques veleros de Bordas y Cía., que disponía entonces, como dispone ahora, de magníficos barcos, con comodidades para pasajeros... Embarcar, se en un buque de vela, era una idea muy natural en Hahne... el viaje le resultaba más económico y sería más difícil seguir su pista, cosa importantísima para él...

Registré, pues, los diarios de Iquique del año 1884, y no tardé en encontrar lo que buscaba... En "El Tarapacá" de 17 de Agosto, bajo el epígrafe de "Movimiento Marítimo" "Entradas", se lee lo siguiente:

—Fragata francesa "Gascogne" de 1,719 toneladas, en lastre 108 días de Burdeos, consignada a Bordas y Cía., con tres pasajeros."

Y más abajo:

"Pasajeros por la Gascogne: F. H. Simpson, W. Fischer y un niño..."

—Pero, ¿cómo saber, pregunté, que ese Fischer y ese niño, eran Hahne y nuestro amigo Murray?

—Aguarda un momento y lo verás... En el mismo diario, número 2 de Septiembre, se lee esta otra noticia:

"Pasajeros por el vapor "Amazonas":

"Para Corral: O. F. Murray y un niño."

Uds. ven que nuestro hombre mudaba de nombre como de camisa... Fué W. Fischer en el "Gascogne", F. Murray en el Amazonas y delante de la señora Böhmer, y murió bajo el pellejo de Otto Hahne...

Sabemos, pues, por fin que nuestro personaje salió de Burdeos el Jueves 1.º de Mayo de 1884, en la fragata "Gascogne", y que dejó en Francia o en algún puerto de escala, al compañero o compañera con quien venía desde Cannes, su punto de

partida, en el mes de Abril del mismo año...

—Pero los buques de vela no hacen escalas, observé.

—La Gascogne hizo una en Funchal (isla de Madera).

—¿Cómo lo sabes?

—Por un suelto de crónica del mismo diario que daba la noticia de su llegada a Iquique... Parece que hizo el viaje de Funchal a Iquique sólo en 59 días, lo que en aquel tiempo fué considerado portentoso para un velero.

Nos fuimos al comedor.

—Y ahora, ¿qué piensa Ud. hacer, le preguntó Murray a Román, mientras tomábamos la sopa...

—Ahora, repuso el aludido, Ud. y yo debemos embarcarnos para Europa, y seguir allá el curso de nuestras investigaciones...

—¿Sólo con estos datos?

—¿Todavía le parecen a Ud. pocos? Pues, por mi parte, le respondo que quince días después de nuestra llegada al Viejo Mundo, sabrá Ud. su nombre y apellido verdaderos.

—¿Es posible?...

—Tanto que casi me avergüenzo de tomar parte en un asunto tan sencillo, y me limitaría a darle mis instrucciones y a quedarme tranquilo en mi casa, si después de ese primer paso, no nos quedara una tarea más difícil...

—¿Cuál?...

—No basta establecer la identidad, es necesario probarla ante la justicia, a fin de que Ud. recobre el rango que le pertenece, si es que en realidad tiene alguno...

—¿Pero cómo vas a proceder? pregunté...

—A su tiempo lo sabrás. Por ahora no quiero quitarles a Uds. la ilusión de que me preparo para emprender cosas estupendas, con tanta mayor razón, cuanto que voy a pedirte que nos acompañes...

—¿Yo?... ¿Y para qué? repuse sorprendido...

—¿Y para qué te quedas en Chile? Eres rico, no te ocupas de nada, tus negocios no necesitan que nadie los atienda... ¿Es acaso muy envidiable la vida que haces?... De la casa al Club, del Club a la casa,

del chisme al aburrimiento y del aburrimiento al chisme...

—No digas más... Soy con Uds...

Y he aquí cómo me embarqué para Europa con Alfredo Murray, y con ese Román Calvo, a quien por costumbre inveterada, continuaba la gente llamándolo "el loco".

V

El trasandino nos llevó hasta Buenos Aires y el vapor "Oravía" de la Pacific Steam Navigation Co., hasta La Pallisse.

Durante la travesía, Román habló de todo, menos del objeto de nuestro viaje. Charliador infatigable, tenía revuelto el vapor con sus historias y cuentos y su portentosa memoria.

La actitud de Alfredo Murray era muy otra. A medida que nos acercábamos a Europa, su impaciencia crecía a todas luces. Es cierto que muy pronto iba a resolverse la suerte de su vida. Todos o casi todos sabemos en el mundo, quiénes somos, cuál es nuestro sitio en la sociedad; nuestras esperanzas y hasta dónde podemos subir o descender. Para el pobre Alfredo, todo aquello era un problema... Podía despertar cualquier mañana hijo de príncipe o de presidiario, podía también continuar siendo el hijo de nadie, una especie de hongo social... Esta última perspectiva le mortificaba más hondamente que ninguna, pero no se atrevía a preguntar su opinión al alegre Román, quien por su parte se ocupaba poco o nada de su cliente...

Comíamos juntos y juntos también jugábamos por las tardes nuestra partida de rocambo... Román continuaba impenetrable...

Una noche, mientras a la luz de la luna nos paseábamos por sobre la cubierta, Alfredo me participó sus inquietudes...

—Lo que te ha prometido, lo cumplirá, le dije, para alentarle.

—Y... aunque así sea... ¡Dios sabe si no va a rasgarse ante mi vista, el velo que oculta alguna horrible infamia...! Pero te lo juro, prefiero cualquier cosa a esta incertidumbre que me devora... quiero tener padres y nombre, cualquiera que ellos sean...

—Román no te ha prometido tanto, le

repuse... Sabrás tu nombre y el de tus padres, pero no sabe si podrás o no probar ante la justicia, el derecho a tu propia personalidad...

—Aquello me bastaría... Ya ves que no soy ambicioso... pero... dudo...

—¿Y por qué?... ¿No has visto con tus propios ojos cómo realiza Román verdaderos milagros; cómo allí donde ni nosotros ni nadie hubiera encontrado el menor indicio, en unos cuantos números que nada parecían significar, halló el cabo de la misteriosa madeja que ha prometido desenredar?... ¡Hombre de poca fe!...

A la mañana siguiente, transmití a Román mi conversación con Alfredo...

Se echó a reír.

—Pero Uds. son verdaderos niños, dijo... ¿No comprenden acaso lo que voy a hacer a Europa?... Pues, por lo menos sospecharán que no voy a perder mi tiempo... ¡Dile a tu amigo que no sea tonto!...

No pude sacarle una palabra más...

Al amanecer de un hermoso día del mes de Abril, el "Oravía" echó sus anclas en medio de la dársena de La Pallisse.

Mientras los aduaneros registraban nuestro equipaje, Román, en el tono más indiferente del mundo, habló por vez primera, después de veinte días, del objeto que nos llevaba a Europa.

—Estamos a 2 de Abril, dijo a Murray... Si no me equivoco, mi plazo vence el 17... En quince días prometí descubrir el verdadero nombre de Ud... Tengo pues por delante más de dos semanas, y veo que va a sobrarme el tiempo... ¿Tendría Ud. inconveniente para que haga antes una pequeña investigación que si es cierto no tiene mucha importancia práctica para el resultado final, satisfaría mi curiosidad?...

—¿De qué se trata? preguntó Murray.

—Pues, simplemente de saber, si el señor compañero o compañera de Hahne en su viaje de Cannes a Burdeos, se quedó en Francia o en Funchal. Le repito que por ahora no necesito del dato, pero, más tarde, si tenemos que acudir a la justicia, nos podría servir de mucho el testimonio de esa persona, si por acaso logramos dar con ella.

—Ud. resolverá lo que mejor le parezca,

dijo Murray: puede Ud. disponer de mí como quiera...

—¿Sí?... Pues entonces le agradecería que se encargara Ud. mismo de esta pequeña comisión... Estaremos en Niort antes de medio día. Nosotros seguimos viaje a París y Ud. toma el tren para Burdeos... Mañana le pide a Ducaud, el cónsul de Chile, que lo presente en casa de Bordas y no le será difícil imponerse en los libros de los pasajeros embarcados en la "Gascogne" el 1.º de Mayo de 1884... Comuniquenos por telégrafo a París, hotel del Louvre, si encuentra algún dato interesante... Nos separamos, pues, en Niort: Murray con rumbo a Burdeos y nosotros a París...

En el camino, Román me repitió sus seguridades...

—No tengas cuidado, me dijo, esto marcha solo... Casi estoy por decirte que el problema lo traigo resuelto.

—Desde Chile?...

—Desde Chile...

Cree entender que el hombre había descubierto algo más de lo que nos había dicho, y en esta confianza, no hablé más del asunto.

—¿Piensas comprar un automóvil? ¿No es cierto? me preguntó un poco más adelante...

—Sí, le contesté. ¿Te lo había dicho?

—No; pero tu Mercedes está ya algo viejo, y es natural que desees aprovechar el viaje... Si es así, te suplicaría que realizaras esa idea en cuanto lleguemos a París... Puede hacernos falta un buen carruaje aparente para turismo... Es el gran medio de viajar. En los hoteles, y hasta en la sociedad, se guardan más consideraciones al propietario de un buen automóvil, que al simple pasajero por ferrocarril.

—Mañana mismo quedarás complacido.

—Si vale mi consejo, cómprate un Minerva... Es una excelente marca.

Al día siguiente muy temprano, Román se puso en campaña.

—Almorzaremos y comeremos juntos todos los días en el hotel, me dijo al despedirse para salir. Es necesario que nos veamos con seguridad, por lo menos dos veces al día... Cuando hayamos triunfado, podremos hacer la verdadera vida de

París. Ahora hay que sacrificarlo todo al éxito.

Esa misma mañana compré un magnífico automóvil a la vez de viaje y de ciudad, y regresé al hotel pensando en buscar esa misma tarde un buen *chauffeur*.

Encontré a Román, un tanto preocupado, y mucho menos alegre que al despedirnos cuatro horas antes... Por la noche su preocupación era aún mayor... Estaba triste, nervioso, taciturno.

Nos sentábamos a comer, cuando un mozo trajo un telegrama.

—Es de Murray, dijo Román, después de rasgar el sobre... Lo que esperaba.

Me alargó el telegrama, que decía así:

"Pasajeros Gascogne: F. H. Simpson, W. Fischer e hijo.—Voy mañana ésa.—Murray."

—La compañera o el compañero, se quedó, pues, en Burdeos, dijo Román.

Al día siguiente no pude ya abrigar la menor duda de que las pesquisas de nuestro amigo iban de mal en peor... Ni durante el almuerzo, ni durante la comida, habló una palabra. Parecía velar frente a un pensamiento formidable.

—¿Puedo servirte en algo? le pregunté mientras nos dirigíamos a la estación de Montparnasse, al encuentro de Murray.

—No, por ahora... Puede que más tarde, fué la respuesta.

Demás está decir que Murray no traía mayores novedades.

Sus ojos interrogaron ansiosos el rostro de Román...

—Sólo estamos a 4 y la cosa es el 17, le dijo éste.

Pero su voz no tenía la seguridad de antes.

Transcurrieron otros tres días... El mal humor y el silencio de Román iban visiblemente en aumento... Todo tomaba el cariz de un desastre. Murray se sentía enfermo de veras.

Para distraerlo lo llevaba todas las tardes a pasear en automóvil al bosque de Boulogne, pero aquellas grandes fiestas del placer parecían agravar su dolor.

Una noche nos fuimos los tres a comer de mantel largo donde Paillard. El famoso restaurant presentaba un golpe de vista realmente soberbio. Hasta el propio Murray parecía más animado... Sólo el pobre Román seguía mostrando la mis-



¡Soy un asno!

ma cara de Viernes Santo que en los días anteriores.

—No puede negarse, observé después de echar una mirada a la concurrencia, que la barba entera y aún el bigote van de vencida, hasta en la misma Francia. No se ven sino rostros rapados.

Murray, que usaba la barba entera, asintió a mi observación.

—La nueva moda, dijo, es sin duda más elegante, más limpia, más civilizada, más siglo XX, en una palabra...

—Pero tú, repuse, te has quedado en el siglo XIX.

—No será por mucho tiempo, contestó el aludido... Mañana mismo pienso afeitarme por completo... Es cosa resuelta...

Román, que había estado escuchando la conversación, con aire indiferente, intervino entonces...

—Supongo, dijo, que Ud. no está hablando en serio...

—Muy en serio, repuso Murray...

—¿Ud. afeitarse?... ¿Está Ud. en su juicio?...

—No comprendo por qué no he de llevar el rostro como mejor me parezca, como Ud. mismo lo lleva...

—Yo no necesito ser identificado y Ud. sí, repuso Román con alguna brusquedad... ¿Sabe Ud. si se parece o no a su padre, y si su padre lleva o llevaba la barba entera, o sólo el bigote, o ni una ni otra cosa?... Si existe alguna semejanza, puede ser una prueba importantísima, y más vale que Ud., conservando sus barbas, quede en aptitud de hacer resaltar esa semejanza en todos sus detalles... En pocos días más será tiempo de resolver si debe Ud. o no afeitarse...

—Tiene Ud. razón, dijo Murray, sonrojándose hasta el blanco de los ojos...

Cinco minutos después, tuve que sonrojarme yo también...

El bárbaro de Román, sin consideración alguna al sitio en que nos encontrábamos, ni a la distinguidísima concurrencia que lo ocupaba, se dio en la frente una estruendosa y descomunal palmada, lanzando al mismo tiempo una exclamación que habría sido tolerable "en casa de Peñañel", pero del todo incongruente "Chez Paillard"...

—Soy un asno...! dijo...

Y puso remate a su inconveniencia, sacando del bolsillo un ejemplar del gulf Baedeker.

—¿Qué estás haciendo? le dije, en tono de reconvencción...

Pero él, haciendo finta de no haberme oído, se puso a examinar detenidamente la última página del libro.

—¡Eso es! exclamó después de un momento. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?... ¡Ves? agregó, alargándome el volumen... Es el gulf en que encontramos el itinerario de Hahne...

—Sí, hombre de Dios, lo veo... pero

guárdalo... por favor guárdalo... No es de buen tono traer libros a la mesa, y sobre todo aquí, como quien dice en el centro del mundo...

Román obedeció... Al fin y al cabo era un buen muchacho.

Cuando llegamos al hotel, le interrogué...

—¿Seguíamos una pista falsa?...

—Pierde cuidado, repuso con tono ambiguo, estamos en la buena.

VI

Al día subsiguiente, a las once y media de la mañana, recibí en el hotel un petit-bleu de Román. Decía sólo estas palabras:

"No me esperes a almorzar. Ven en tu automóvil a comer conmigo a las ocho en punto, al restaurant "Au Boeuf à la Mode", rue de Valois 8. Recomendación importante. No traigas a Murray.—Román."

No pude explicarme en un principio por qué había de ir en automóvil a un sitio distante apenas dos cuadras de nuestro hotel. Supuse después que se trataba de despistar a Murray. Era un verdadero lujo de precauciones.

A las siete y media de la tarde, pretextando una cita, salí en automóvil, por la calle de Rivoli hacia abajo, atravesé la plaza y el puente de la Concordia, y por el boulevard Saint Germain, gané el puente Sully, el boulevard Enrique IV, la plaza de la Bastilla, y de allí, al través de las tristes y angostas calles del Marais, llegué al sitio indicado.

Román me esperaba en la puerta del restaurant.

—Tengo listo un gabinete reservado, me dijo, mientras subíamos.

Le noté muy pálido...

—¿Tienes noticias? le pregunté...

—Tú mismo vas a juzgarlo, fué su respuesta.

Había en su tono algo de solemne.

Apenas nos sentamos a la mesa, Román comenzó su narración... No era ya el activo investigador de la calle de Santa Rosa, ni el alegre muchacho de Oravia, ni el taciturno compañero del Hotel del Louvre, ni el aturdido del Restaurant

Paillard. Estaba grave, lento, tranquilo, casi ceremonioso... Nunca acabaré de admirar los múltiples aspectos de ese individuo extraordinario... Sus gestos, sus aptitudes y hasta sus modales, eran variables como el tornasol...

—Estamos a nueve de Abril, dijo, van transcurridos siete días de mi plazo, y tengo todas las razones necesarias para creer que me sobrarán los otros ocho... Mi tarea, sin embargo, no está concluida...

—¿Hemos fracasado? pregunté anhelante.

—Oyeme primero... Llegué a París con la certidumbre de que lo que restaba por hacer era un juego de niños. Mis afirmaciones no eran simples baladronadas. Ni un ciego podía abrigar dudas sobre la naturaleza de este misterioso asunto. Se había hecho desaparecer a un niño de tres años, sin omitir gastos ni precauciones. ¿Con qué objeto?... Sólo uno era verosímil: muerto o desaparecido ese niño, una tercera persona iba a entrar en posesión de alguna herencia cuantiosa, u otras ventajas análogas. El niño en cuestión no podía ser vulgar: Si se había simulado su muerte, la noticia de ella constaría en los periódicos, a lo menos en la lista de defunciones, si se trataba de un simple desaparecimiento, el hecho también debía haber sido publicado.

Ahora bien, gracias a una circunstancia providencial, yo conocía el sitio en que con toda verosimilitud, se había desarrollado el suceso. Para confirmar mis sospechas, ese sitio, era el puerto de Cannes, la estación de invierno preferida por la aristocracia británica. En un país de mayores azagos como la Inglaterra, es más frecuente que en otros el caso de que la muerte de un niño pueda enriquecer súbitamente a un pariente pobre y lejano. Por otra parte... Hahne era inglés, como nos lo reveló su biblioteca, a pesar de las precauciones que tomara para ocultar su nacionalidad.

Juzga tú ahora. ¿Tenía o no yo razones para creer que registrando los periódicos de Cannes del primer cuatrimestre de 1884, encontraría el nombre de ese niño, o en la lista de los muertos, o como víctima de un rapto?...

Contesté afirmativamente...

—Pues bien... no encontré nada de eso... Durante los cuatro primeros meses de 1884, murieron en Cannes 23 niños varones menores de cinco años... Todos ellos de apellido francés...

—Pero, interrumpí, en la aristocracia inglesa hay apellidos franceses: De Courcy, De Vére Pierrepoint, etc., etc... No olvides la conquista normanda...

—Registré cuidadosamente el Anuario de la "Nobleza de Inglaterra" para 1884... y no era ese el caso. Además, habíamos partido de la hipótesis de que se trataba de un niño de familia rica o ilustre, cuya muerte o desaparición justificara los gastos y ardides empleados para eliminarlo... Ahora bien "Le Courier de Cannes", entonces único diario de ese puerto, tenía la obsesión de las notas necrológicas, y de los 91 varones fallecidos en el período que nos interesa, 14 merecieron los honores de una necrología... En muchos casos se trata de gentes sin importancia... Figuran dos niños, Francois Poncharef, hijo de un empleado de aduana, padre de numerosa prole, y Elie Barsart, de año y medio, que voló también al cielo a rezar por sus hermanitos, y por su papá... negociante en vinos...

Era para desesperarse, ¿no es verdad? Si el hecho no había ocurrido en Cannes, nuestra pista quedaba perdida en el ancho mundo.

Comiendo antenoche donde Paillard, creí recordar cierta circunstancia en que no había parado mientes, del famoso apunte con lápiz, base de nuestras investigaciones. Incapaz de contenerme, quise verificar, desde luego, mis sospechas... Ellas eran fundadas... Hahne escribió los números aquellos, yendo de viaje en ferrocarril... Sus caracteres son torcidos, vacilantes, como deben ser los escritos en un sitio movecizo y nada cómodo... Lo raro es que antes no cayera en la cuenta de ello... ¿A quién se le ocurre manchar un libro, si puede disponer de un papel?... En todas partes es fácil procurarse uno, salvo en el tren...

El detalle me dio mucha luz... Fue cuestión de un momento de análisis. ¿A quién puede ocurrírsele la rareza de calcular de antemano el precio del pasaje que va a comprar en boletería? Sólo el que tiene mucha prisa y dispone de muy

poco tiempo, como por ejemplo, el pasajero que desea continuar en el mismo tren que lo conduce, un viaje que debía terminar en un punto dado, pero que resuelve prolongar hasta más lejos. Muy probablemente, era este el caso de Hahne... Traía al niño a Cannes, por encargo de su familia o por otro motivo... Resuelto a raptarlo, bajó en Cannes, aprovechando los pocos minutos que el tren se detuvo, y, como llevaba en la mano el precio exacto de los dos boletos que debía comprar, pudo continuar viaje en el mismo tren...

—Probable, pero no seguro, objeté...

—Muy verosímil a lo menos, continuó Román. Otra indicación importante se desprendía de esta hipótesis. No se trataba de muerte simulada sino de un rapto, y en consecuencia era importante para Hahne alejarse con la mayor prisa posible... Llegado a Burdeos, tomaría el primer barco que partiera para países lejanos, con el fin de no dar tiempo a que descubierto el rapto, le cortaran el camino... Ahora bien... En todos los días anteriores al 1.º de Mayo, pudo tener buques disponibles... Hé aquí el movimiento marítimo de Burdeos: El 28 de Abril, la "Gironda", para Pondichery; el 29, la "Romancha", para Veracruz, y la "Loira", para el río de la Plata; el 30, la "Melpomène", para Quebec... No menciono, sino los veleros... Hahne no llegó a Burdeos, pues, sino el 30 de Abril, o muy temprano el 1.º de Mayo, pues la "Gazgogne" zarpó a las 11.30 de la mañana, con el reflujó de la marea... El rapto de Cannes se había verificado por tanto el 29 ó el 30 de Abril...

¿De qué punto venía Hahne, cuando pasó por la estación de Cannes? Felizmente no hay mucho donde escoger. Ese punto sólo es servido por una línea férrea: la que une a Génova con Marsella, por la "Côte d'Azur". Era preciso, pues, dirigir mis investigaciones por ese lado, desde Cannes hasta Génova... Si nada descubría en ninguna de las muchas estaciones de invierno desparramadas por ese trayecto... estábamos de nuevo perdidos, porque desde Génova los caminos son muchos hacia todas las provincias de Italia y hacia todos los países de Europa... Por eso, cuando me interrogaste antenoche, no me atreví a darte mayores seguridades.

Recorrí con resultado negativo la prensa de Antibes, la de Niza y la de Mónaco y... ¡Nada!...

Llegó el turno a Mentone... En ese pueblo no se publicaban entonces diarios, sino periódicos semanales: "L'Avenir de Menton", "Le Combattant", "Le Journal de Menton" y "La Sentinelle"...

¿Cuál no sería mi sorpresa y mi júbilo, cuando en el primero de los periódicos nombrados, en su número del 3 de Mayo, leí el siguiente suelto:

"Nuestro antiguo huésped, Lord Wigmore y su distinguida esposa, acaban de partir para Nápoles, donde los llama una horrible desgracia de familia. Según nuestras informaciones, ha desaparecido anteayer súbitamente del puerto mencionado, su nietecito, Hugh Laurence de Mére, heredero del ilustre nombre de Wigmore y esperanza de aquella noble raza.

—¿Has descubierto en fin el verdadero nombre de Murray? exclamé con entusiasmo.

—Así lo creí en el primer momento, repuso Román sin inmutarse, pero mi alegría duró muy poco. Busqué el nombre de Wigmore en el anuario de la pairía inglesa para 1884, y allí me impuse de los antecedentes de la familia. Paso por alto los datos genealógicos. Los Wigmore dicen descender de uno de los compañeros de Guillermo el Conquistador, pero la filiacón no interrumpida se remonta sólo hasta Roberto Le Mére, muerto a fines del siglo XII, y que fué a Tierra Santa con Ricardo Corazón de León... Vamos a lo práctico... En 1884 la familia se componía sólo de los siguientes miembros: Lord vizconde Wigmore, nacido en Ilford Castle, una de las residencias de la familia, el 10 de Marzo de 1820; su esposa, Lady Eleanor Melville, de los condes de Calston, nacida el 4 de Junio de 1826; sus dos hijos, Francis Laurence de Mére, nacido en Londres, el 17 de Octubre de 1849, y William Sydney, nacido también en Londres, el 31 de Enero de 1852. De estos hijos, el menor permanecía soltero, y el mayor era casado desde el 16 de Febrero de 1880 con Lady Violeta Chadwick, nacida en 1861, de quien tenía un hijo único, el mencionado Hugh Laurence, nacido en Ilford Castle el 14 de Junio de 1881...

—¡Justamente!—interrumpí. La edad



Miss Ellen no contestó una palabra

coincide... tres años tenía Alfredo Murray cuando fué entregado a la señora Böhrner en Septiembre de 1884...

—Aguarda un momento, prosiguió Román, tan tranquilo como antes... Hugh Laurence De Mére, niño perdido en Nápoles, el mismo día en que nuestro Alfredo salía en la "Gascogne" de Burdeos, lleva hoy el título de Lord Wigmore, y como tal figura en el "Anuario de la Patria" del año 1914, hoy en curso... Aquí lo tienes...

"Hugh Laurence, vizconde de Wigmore, nacido en Ilford Castle el 14 de Junio de 1881, hijo... etc..."

—Una substitución, interrumpí...

—También pensé yo en una substitución, pero debí desechar tal hipótesis... En el Anuario de 1885, y en todos los siguientes, sigue figurando como si tal cosa, el niño cuya pérdida anunciaba el sueldo de "L'Avenir de Menton". ¿Cómo es posible que su madre que aún vive y su padre, que vivió hasta 1887, fueran engañados por una substitución? Además, fíjate que el niño Hugh Laurence, se perdió en Nápoles y el 1.º de Mayo, y que ese día Alfredo se encontraba con toda certidumbre en Burdeos, a tres jornadas de viaje, como minimum, de Nápoles...

—¿Extraña coincidencia! exclamé desalentado... Con pocas horas de intervalo, han ocurrido dos hechos casi del mismo género...

Román se sonrió por primera vez aquella noche...

—Con todo, dijo, proseguí mis investigaciones... quise saber cómo fué hallado ese niño perdido, nieto de un Lord...

Noté en las palabras de Román cierto dejo de imperceptible ironía.

—Los diarios de Nápoles, continuó, me proporcionaron los datos más completos del suceso. Lord Wigmore habitaba con su familia, durante seis o siete meses del año, la villa "Flora", espléndida residencia en los alrededores de Menton... Su hijo mayor, Francis, padre de Hugo, el niño perdido, sufría del pecho, y las tibias brisas de la Côte d'Azur eran indispensables a su salud... En Enero o Febrero de 1884, el enfermo, en busca siempre del calor, que era su vida, se trasladó por una temporada a Palermo; el clima de Sicilia le probó muy bien, y su estada

allí, que debió ser por muy pocos días, fué prolongada por varios meses... Entre tanto, su único hijito, de tres años, el famoso Hugo, quedó al lado de sus abuelos, en Menton.

A principios de Abril llegó a Palermo en su magnífico yate "Hemione", un amigo del doliente, Lord Burleigh, quien le propuso llevarlo a Inglaterra, a su regreso... El noble navegante pensaba realizar una pequeña gira por las costas francesas e italianas del Mediterráneo y volver en seguida a Palermo con destino a Londres; donde pasaría la "Season". Quedó convenido que Lord Burleigh, a su paso por Cannes, uno de sus proyectados puntos de escala, tomaría a bordo al pequeño Hugo y a sus abuelos, si éstos últimos lo deseaban.

La "Hemione" llegó a Cannes el 18 de Abril de 1884, y al día siguiente, Lord Burleigh visitó a los padres de su amigo en el vecino puerto de Mentone... El anciano Lord y su esposa no aceptaron la idea de un viaje por mar, pero no tuvieron inconveniente en que su nietecito, en compañía de su institutriz, Ana Hamilton, fuera al encuentro de sus padres, bajo la custodia de Lord Burleigh, el cual debía partir de Cannes con rumbo a Nápoles para seguir de allí a Palermo, al anochecer del Martes 29 de Abril...

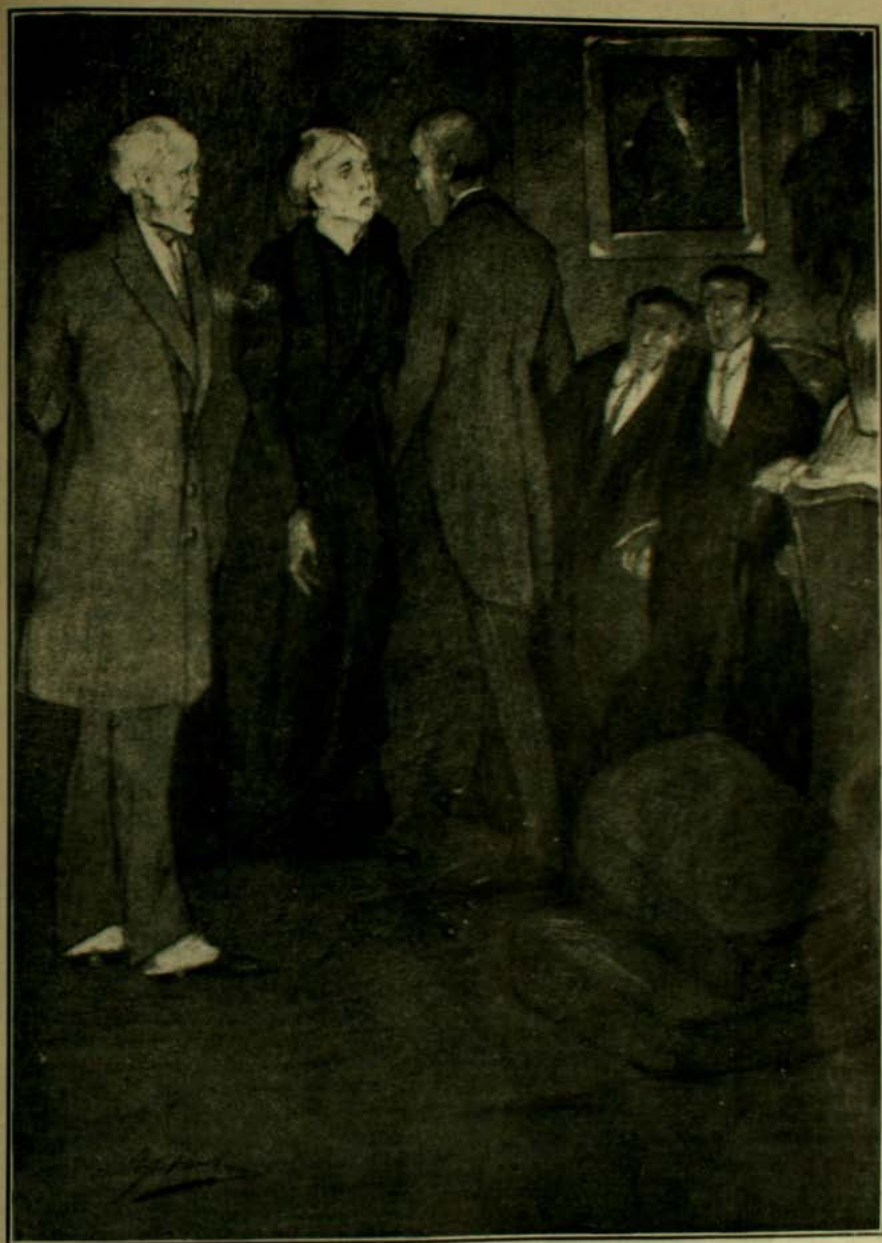
El día fijado, el niño y la institutriz tomaron en Mentone el tren de 1.58 P. M., llegaron a Cannes, a las 3.34 P. M. y tres horas después, embarcados en la "Hemione", partían para Nápoles en la mañana del 1.º de Mayo... La institutriz bajó a tierra en compañía del niño, con el pretexto de enseñarle el célebre Acuario... Transcurrieron una a una las horas del día, y ni el aya ni el niño volvían a bordo. Se concibe la desesperación de Lord Burleigh... Cuando regresó aquella tarde a la "Hemione". Pesaba sobre él una responsabilidad aplastadora... Miró cielo y tierra en busca de los perdidos, pero todo inútilmente... ¿Esa es la historia!...

—¿Y cómo lo encontraron después?— pregunté...

—¡Tonto!... Eres más crédulo que un elector de provincia... ¿No has caído en la cuenta?

—No...

—El pequeño Hugo, y su institutriz,



¡Hijo mío! exclamó. ¡Tú eres mi hijo!

fueron substituidos en Cannes... En su lugar se embarcaron en la "Hemione" otra mujer y otro niño, y ellos siguieron en compañía de Hahne, viaje a Burdeos...

—¡Imposible!... En primer lugar, Lord Burleigh habría descubierto el engaño... El debía conocer personalmente al niño...

—Para afirmar semejante cosa, es necesario no sospechar ni por las tapas las costumbres inglesas... En Inglaterra no llevan a los niños para que hagan gracias a las visitas, sobre todo en las casas de gran tono... Los niños viven en la "nursery", y no incomodan sino a las gentes de la casa...

—Bueno, pero la substitución debió ser conocida más tarde.

—No... porque de la mujer y del niño desembarcados en Nápoles no se volvió a saber más...

—Pero, ¿quién es entonces ese Hugo De Mére, hoy Lord Wigmore, que figura en el Anuario?...

—¿Necesitas preguntarlo?... Alfredo Murray...

—¿Pero cómo figura entonces?...

—Sencillamente porque no ha muerto. En Inglaterra sólo se declara la muerte presuntiva, pasados treinta años, después de las últimas noticias que se tienen de un desaparecido... Para que cumpla ese plazo, faltan algunos días... Nada es más fácil, por otra parte, que explicar el mal éxito de las pesquisas en Italia... Han buscado allí a dos personas que en realidad no estaban...

—Pero Lord Burleigh debe haber visto después algún retrato del niño verdadero...

—Puede que sí... puede que no, pero a buen seguro no se ha dado cuenta de nada... Reconocer en un retrato a un niño que se ha visto por algunos momentos, durante un solo día... ¡Vamos!...

—¿Y a quién culpas tú del crimen?

—En primer lugar al que ha aprovechado de él, a William Sydney De Mére, tío de la víctima, administrador y usufructuario hoy de su fortuna, y su heredero mañana, cuando cumplido el plazo legal, se declare la muerte presunta de su sobrino... Sabía que su hermano mayor estaba condenado a morir en breve plazo, y que ese niño era el único obstáculo que lo separaba del título de Lord,

y de cincuenta mil libras esterlinas de renta.

El lado débil de este delito tan bien urdido, fué el número de los cómplices... Tres, eran demasiado...

—¿Cómo tres?...

—Hahne, la institutriz Ana Hamilton, y miss Ellen Smith, la que hizo sus veces, desde Cannes hasta Nápoles.

—Pero, ¿cómo diablos sabes su nombre?...

—No me dejas concluir... residente hoy en Blois, departamento de Loir y Cher, a solo 180 kilómetros de París.

—Eres prodigioso...

—Favor que me haces... Lo que es este último descubrimiento no tiene nada de prodigioso. Te lo explicará este párrafo de "La Discussionne" de Nápoles, del 5 de Mayo de 1884.

"En la tarde del día del suceso, se creyó tener la pista de la institutriz fugitiva y del niño raptado. Un boletero de la "Stazione Centrale", declaró que había tomado pasaje para Florencia, en el expreso de las 8.20 de la mañana, acompañada de un niño de pocos años, una joven inglesa cuyas señas, parecían coincidir con las de Ana Hamilton."

"Se dió inmediato aviso por telégrafo, y la policía logró apoderarse de la dama en cuestión al descender del tren mencionado, a las 8.50 P. M. en la estación de Florencia. Pero luego hubo de reconocerse que se había cometido un error. La presa, era Miss Ellen Smith, demi-mondaine de origen irlandés, bastante conocida en los círculos galantes de París... La Smith viajaba por Italia en jira de placer, acompañada de una sobrina suya, de edad de dos años y meses..."

Fíjate ahora en la habilidad verdaderamente diabólica con que fué consumado el rapto. Si yo no hubiera descubierto que el 29 ó 30 de Abril, un individuo partió de Cannes para Burdeos con un niño a quien se quería eliminar, las huellas de Hugo De Mére, se habrían perdido para siempre. El niño y la institutriz fueron substituidos en Cannes, pero ni Lord Burleigh, ni la familia del niño, ni la policía, ni nadie, hubieran podido tener el menor indicio de tal substitución. Para todo el mundo, el niño se extravió en Nápoles el

1.º de Mayo, esto es, el mismo día en que en realidad se embarcaba para América en Burdeos, casi al otro extremo de Europa. En cuanto a Miss Ellen Smith, podía contar con la impunidad más absoluta, aún en el caso de que la detuvieran, como sucedió... La policía de Florencia hubo de reconocer que no era ella la institutriz perseguida, que el niño que la acompañaba no era Hugo De Mère, sino una mujercita, su sobrina, y que, por tanto, al perseguirla, se había cometido una equivocación...

—¿Y cómo diste con el actual domicilio de la Smith?

—Nada más fácil. Por los registros policiales de París, supe que esa mujer llevó aquí una vida galante por más de veinte años, desde 1881 hasta 1903, y que en su última época fué asidua concurrente del Casino. Un empleado del establecimiento completó mis informaciones. La Smith, sin ser una mundana de primer orden, gozaba de cierta popularidad entre los turistas británicos, gracias a su nacionalidad y a su conocimiento del idioma. Al "retirarse" tenía una regular fortuna, y era propietaria de unas casas de renta en el barrio de Montmartre... Uno de sus inquilinos me dió su dirección, y aquí la tengo: 19, rue des Hautes Granges, Blois.

—¿Y qué te propones hacer ahora?

—Verla y arrancarle una declaración, con dinero o con amenazas... Es necesario que pidas a Murray cien mil francos en billetes... se entiende, en el caso de que tú en conciencia, creas que los antecedentes reunidos, justifican ya un desembolso considerable.

—¿Por cierto!...

—Es indispensable que nuestro amigo, no sepa nada hasta que el asunto esté arreglado... tiene madre viva. Y no hay que ponerlo en el caso de ser rechazado en su propio hogar. ¡Sería demasiado horrible!... Sin embargo, como su presencia en Blois, puede sernos útil, tú lo llevarás allá en automóvil, con cualquier pretexto... Yo partiré en tren esta misma noche, y mañana, a las cinco en punto de la tarde, nos reuniremos junto a la iglesia de Notre Dame du Refuge... Dejarás a Murray esperando en el Hotel, con el dinero listo... Pero no te olvides...

Es preciso que seas muy vago para responder a sus preguntas.

VII

Como era de presumir, Murray me aguardaba en el hotel más inquieto y sombrío que de ordinario.

—¿Qué significan, me preguntó, la ausencia y el silencio de Calvo?... Van mal mis asuntos. ¿No es cierto?...

—Nada sé, repuse, pero tengo confianza en Román, y creo que cumplirá su promesa... Lo he visto esta tarde. Sin abandonar su reserva, me pidió que fuera contigo mañana a Blois, llevando una gruesa suma de dinero... Cien mil francos en billetes...

—Y tú ¿qué me aconsejas?...

—Obedecer... Román no obra nunca sobre ligero...

Partimos a la una en automóvil. Devoramos en poco más de tres horas la distancia de 180 kilómetros que separa a París de Blois. Fué el vértigo de la velocidad...

—Si los bandidos de automóvil, que infestan los caminos de Francia, sospecharan la suma que va con nosotros, dije a Murray, difícilmente llegaríamos sanos y salvos a nuestro destino.

Nos apeamos a las cuatro cuarenta y cinco minutos frente al "Gran Hotel de Blois".

—Espera aquí, dije a Murray. Necesito hacer una diligencia importante... Más tarde, acaso, te enviaré a buscar en automóvil... No dejes de estar listo.

—¿Para qué tantos misterios? preguntó Alfredo.

—Confía en tus amigos, fué mi respuesta.

El corazón me palpitaba angustiosamente, al acercarme al lugar de nuestra cita. Román me aguardaba ya...

—¿Ves aquel pabelloncito de enfrente? me preguntó Román... ¡Allí está el desenlace!...

Empujamos la verja de un modesto jardín, y pocos segundos después nos encontrábamos en la sala de Miss Ellen Smith.

—Buen gusto y sencillez, observó Ro-

mán. La dueña de esta casa no es una "bourgeoise" cualquiera.

Miss Ellen llevaba maravillosamente sus cincuenta años y pico. Su traje y sus modales, eran los de una respetable dama de provincia. Nos hizo tomar asiento con un ademán lleno de gracia...

—No tengo el honor de conocer a los señores, dijo.

Román no perdió tiempo en preámbulos ociosos. Sabía que el éxito iba a depender en gran parte de la resolución que mostráramos.

—Señora, dijo cortésmente, la visita que tenemos el honor de hacerle, puede ser tan importante para Ud. como para nosotros. Venimos a ofrecerle una fortuna...

Miss Ellen hizo un gesto de extrañeza...

—¿En qué puedo servirles? preguntó...

—Deseamos de Ud. una relación escrita y circunstanciada, de su intervención en el desaparecimiento del niño Hugo De Mère, en 1884...

El rostro de Miss Ellen se cubrió de mortal palidez, pero se sobrepuso...

—Muy sencillo, contestó balbuceando... me confundieron en Florencia con la institutriz de ese niño... Yo viajaba entonces casualmente por Italia con una sobriñita... La policía reconoció inmediatamente su error... Eso es todo...

—Debo prevenirle dos cosas, señora, dijo Román... La primera que conozco exactamente toda la verdad de ese negocio; la segunda, que su declaración será bien pagada... Cien mil francos, hoy mismo, y trescientos mil, luego que Lord Wigmore, sea puesto en posesión de su nombre y de su fortuna...

Miss Ellen no contestó una palabra... Su pecho subía y bajaba a impulsos de violenta agitación...

—Tampoco tema Ud. nada por las consecuencias... El hecho aquel ocurrió hace treinta años... La prescripción la ampara... Lea Ud. aquí... Es el Código de Procedimiento Criminal... Artículo 637...

—Miss Ellen leyó... pero continuó silenciosa...

—Voy a ayudarla, dijo Román... El 29 de Abril de 1881, se embarcó Ud. en Cannes en el yate "Hemione" con su so-

brina, vestida de hombre... Se hizo Ud. pasar por Ana Hamilton... institutriz del niño Hugo De Mère... nieto de Lord Wigmore...

—¡Basta!... dijo Miss Ellen... ¿Cuánto dice que ofrece Ud?...

—Cien mil francos, esta misma tarde, y doscientos mil más luego que...

—Cree oír a Ud. hablar de trescientos mil, interrumpió la Smith, con impavidez...

—¡Sean! contestó Román, pero no tendrá Ud. inconveniente en hacernos desde luego, aquí y de viva voz, la declaración que en seguida va Ud. a escribir y que autorizará un notario...

—¿Y quién me responde del cumplimiento de la promesa de Ud., a quien yo no conozco?

—En primer lugar, los cien mil francos en billetes que recibirá del notario, al entregar su declaración, y la firma de Lord Wigmore, nuestro cliente, por el resto...

La Smith vaciló un momento...

—Bien, dijo al fin... He aquí lo que puedo declarar:

Vivía yo en París desde 1881, con mi hermano Roberto. Era éste un hombre a quien sólo conocí una pasión, la de la holganza... Muchas veces decía que sólo deseaba dinero para poder vivir sin trabajar... Pero su afán de enriquecerse no era por eso menos vivo.

Visitaban mi casa muchos ingleses, entre ellos William Sydney De Mère, con quien sólo me unían las relaciones usuales entre las mujeres galantes y los hombres que las frecuentan... Un día, en Abril de 1884, llegó a casa y preguntó por mi hermano... Se encerraron juntos por más de una hora, y en seguida me enviaron a llamar, para proponerme... lo que Ud. conoce...

De Mère venía de la villa de sus padres, en la Côte d'Azur... Estaba impuesto de que el Martes siguiente su sobrineto Hugo, saldría con su institutriz para Cannes, con el objeto de embarcarse allí en el yate "Hemione", de Lord Burleigh. La institutriz, pobre mujer avinagrada por el espectáculo de una vida de lujo, por la soledad y por la pobreza, había consentido, mediante una fuerte suma, efectuar el rapto del niño, en la forma que

Ud. conoce. Mi papel consistiría sólo en presentarme como Ana Hamilton a bordo con mi sobrinita, a quien, vestida de hombre, haría pasar por el niño de Lord Wigmore... Yo no corría ningún riesgo... Nadie en el yate conocía de vista ni a la verdadera institutriz ni al niño Hugo... En Nápoles, donde el yate iba a detenerse un día entero, en su viaje a Palermo, tendría tiempo sobrado para escapar...

William Sydney pagaba bien... Cien mil francos para mí, e igual suma para mi hermano... Aceptamos...

Nuestro plan era muy sencillo... Ana Hamilton partiría de Menton con el niño. En Monte Carlo se le reuniría mi hermano Roberto... Yo debía esperar con mi sobrinita en Niza... En Cannes, Roberto, seguiría viaje en el mismo tren con Ana Hamilton y el niño Hugo... entre tanto yo me presentaría en el yate "Hemione" con el nombre de los fugitivos...

Todo marchó perfectamente... Mi hermano me entregó en el tren una carta abierta para Lord Burleigh... Era del abuelo del niño...

—Puedo darle otro detalle, interrumpió Román... Apenas subió Ud. en el tren en Niza, su hermano se puso a calcular en un guía Baedeker, el costo de su propio pasaje y el de Ana Hamilton, hasta Burdeos...

—Lo recuerdo perfectamente, dijo sonriendo Miss Ellen... ¿Cómo lo sabe?...

—Ya ve que estoy bien impuesto... Continúe Ud....

—A bordo, Lord Burleigh nos recibió muy bien y sin sospechar lo más mínimo, como era natural... Por otra parte, no se ocupó ni poco ni mucho de nosotros durante la travesía. Era un viejo solterón, egoísta y excéntrico. Amanecimos en Nápoles el 1.º de Mayo. Yo me acerqué entonces a Lord Burleigh y le pedí permiso para llevar al niño a ver el famoso acuario de la ciudad... Accedió y desembarcamos. Eran las siete tres cuartos de la mañana. Apenas en tierra, me dirigí a la Estación Central, y tomé pasaje para Florencia. Tenía casi todo el día por delante: Lord Burleigh sólo regresaría a bordo por la tarde. En Roma, donde se cambia de tren, como Ud. sabe, podía disponer de una hora... La aproveché para quitarme la peluca rubia y las gafas con

que representara mi papel de institutriz, y para vestir a mi sobrinita con el traje de su sexo... Ya no era yo Ana Hamilton, sino Ellen Smith... Era imposible que me descubrieran... A esas horas ya mi hermano se habría embarcado en Burdeos con el niño Hugo... Eso es todo...

—Muy bien, dijo Román... ¿Tiene Ud. recado de escribir?... Mientras mi amigo va por el notario y los cien mil francos... Ud. puede adelantar trabajo...

—¿Y los otros trescientos mil?...

—Lord Wigmore le firmará un pagaré ahora mismo... Le mandaremos llamar...

—¿Está en Blois?...

—Sí, y Miguel lo traerá en automóvil...

Un resto de desconfianza se pintaba en el rostro de Miss Ellen...

—No tenga Ud. cuidado, le dijo Román. Ud. entregará su relación bajo sobre cerrado, en manos del notario, a cambio de los billetes y del pagaré. El notario certificará sólo el hecho de haber recibido aquel sobre de Ud....

—Convenido, dijo aquella mujer extraordinaria...

Veinte minutos más tarde, llegaba yo con el notario y con Murray a casa de Miss Ellen... No había dicho a mi amigo una palabra de lo ocurrido.

—Perfecto, dijo Román... ¿Están allí esos cien mil francos?

Por toda respuesta, Murray sacó del bolsillo un grueso paquete de billetes...

—Ahora, señor Murray, firme Ud. este papel con su verdadero nombre...

—¿Cuál es? preguntó temblando el aludido...

—Lord Wigmore, repuso Román solamente...

VIII

Román y yo partimos esa misma noche para Londres. Era necesario preparar el ánimo de la pobre mujer que tras de treinta años de ausencia iba a recobrar a su hijo. Murray se quedó en Blois, esperando nuestro aviso... y enfermo de dicha y de impaciencia.

En Londres nos apersonamos con Sir Francis Chadwick, hermano de la madre

de nuestro amigo. Nuestra relación le satisfizo plenamente...

—No cabe duda, nos dijo... ¿Qué alegría para la pobre Violeta!... En tantos años no ha desesperado nunca... Ha vivido en el recuerdo de su hijo... En vano todos en la familia evitábamos mencionarle jamás... Ella volvía siempre al mismo tema... ¡Sólo las madres no olvidan!...

—Pero será acaso necesario, objetó Román, iniciar antes un procedimiento judicial.

—En modo alguno, dijo Sir Francis, en Inglaterra estos negocios se arreglan en Consejo de Familia... Otra cosa sería si hubieran transcurrido los treinta años y declarándose la muerte presunta...

—Pero, ¿dejará William Sydney, arrebatarse así no más su presa?...

—No le quedará otro recurso... Es un truhán, un perdido... Mi hermana ha sido pechada siempre de él... Tuvo, sin embargo, que resignarse a entregarle la administración provisoria de la fortuna de Hugo... Era su heredero presunto, y le asistía el derecho legal... Pierda Ud. cuidado... Juraría que no tendrá siquiera valor para asistir al Consejo de Familia... Haga Ud. llamar inmediatamente a mi sobrino... Yo prepararé el ánimo de su madre...

...
Dos días después, nuestro amigo Murray, convertido ahora en Lord Wigmore, llegó a Londres. En el Savoy le presentamos a su tío materno...

—Es el vivo retrato de su padre, exclamó Sir Francis; al abrazarlo estrechamente... Es como si viera resucitar a mi pobre cuñado... Tiene sus mismos ojos, su porte y hasta sus ademanes...

—¡Mi madre! ¡Quiero ver a mi madre! balbuceó Hugo entre sollozos...

—Pobre Violeta... Está inquieta, nerviosa... No se da cuenta a punto fijo de la inmensa alegría que la espera... Le he hablado de vagos indicios... de levísimas esperanzas... Ella nota más idas y venidas... me dirige sus dulces ojos suplicantes... llora... sonríe... Veinte veces he notado que está a punto de interrogarme seriamente... pero vacila... No se siente con fuerzas para soportar una nueva desilusión... Yo la he dicho que esta noche me espere a comer con tres amigos... Hugo... sepa Ud. portarse como hombre... No se dé a conocer súbitamente... La dicha podría matarla... Dejemos a Dios el cuidado de conducir las cosas.

A las siete en punto, penetramos en la casa de Chadwick... Allí vivía Lady Violeta, desde que la muerte de su marido y la desaparición de su hijo habían hecho pasar como usufructo a manos de su cuñado, la espléndida residencia de los Wigmore...

Nos hicieron esperar, en una modesta salita, arreglada con gusto exquisito. Hugo apenas podía tenerse en pie...

Sir Francis Chadwick entró en seguida acompañado por una dama muy pálida, alta, esbelta, cuyas melancólicas facciones conservaban indiscutibles señales de una belleza que debió ser espléndida.

—Aquí tienes, le dijo su hermano, a mis buenos amigos... Alfredo Murray...

El aludido, dió un paso adelante y alargó a su madre su mano temblorosa, sin fuerzas para levantar los ojos del suelo...

Ella lo miró entonces... Fué como si hubiera estallado de pronto el rayo...

—¡Hijo mío!... exclamó. ¡Tú eres mi hijo!...

Y se arrojó en sus brazos...

